

La Democracia Cristiana en el primer gobierno de la Concertación: dilemas faccionales, identitarios y generacionales, 1989-1994¹

The Christian Democratic Party in the first Concertación government: factional, identity and generational dilemmas, 1989-1994

Cristina Moyano B.²

Víctor Muñoz T.³

Recibido: 25 de mayo de 2024. Aceptado: 3 de octubre de 2024.

Received: May 25, 2024. Approved: October 3, 2024

RESUMEN

Este artículo aborda la disolución de las identidades faccionales de raíz político generacional en el PDC durante el primer gobierno transición. Utilizando fuentes periodísticas, entrevistas y testimonios publicados, nuestro objetivo es abordar los debates partidarios entre 1989 y 1994, período en que la DC redefinió sus posiciones políticas para lograr resituarse en un nuevo escenario, dibujando el horizonte político de sus propias proyecciones históricas. Los debates en esos años, nos permiten comprender la lenta pérdida de hegemonía dentro de la Concertación y en el campo electoral, a partir de la postergación del debate doctrinario, las tensiones identitarias y los conflictos faccionales, muy distintos a los desarrollados durante la dictadura.

Palabras claves: Partido Demócrata Cristiano, faccionalismo, generaciones.

ABSTRACT

This article addresses the dissolution of the factional identities of generational political roots in the PDC during the first government of the Transition government. Using journalistic sources, interviews and published testimonies, our objective is to approach the partisan political debates between 1989 and 1994, a period in which the DC redefined its political positions to achieve a new political scenario, drawing the political horizon of its own historical projections. The debates of those years allow us to understand the gradual loss of hegemony within the *Concertación* and in the electoral field, from the postponement of the doctrinal debate, identity tensions, and factional conflicts, very different from those developed during the dictatorship.

Key concepts: Christian Democratic Party, factionalism, generations.

1 Resultados de investigación Fondecyt N° 1220426.

2 Doctora en Historia (U. de Chile), Académica Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile, correo electrónico: cristina.moyano@usach.cl

3 Doctor en Estudios Latinoamericanos (UNAM, Académico CISJU, Universidad Católica Silva Henríquez UCSH, Chile, correo electrónico: vmunozt@ucsch.cl

Introducción

Los 17 años de dictadura trajeron cambios profundos en todas las culturas militantes del espectro político. En el caso de la Democracia Cristiana, partido que antes de 1973 tuvo como centrales los debates sobre las alternativas de desarrollo económico y social del país, las reformas al capitalismo con sello social cristiano o la necesidad de giro radical hacia una vía no capitalista de desarrollo, pasados los 17 años de la dictadura entró en una conversación muy distinta sobre ser gobierno, en un contexto global que dejaba atrás la guerra fría y en donde el imperativo de democratizar y superar la pobreza pareció pragmatizar y desideologizar la práctica política. Pero los 17 años tampoco habían sido de continuidad del debate sobre el tipo de reforma o revolución que requería Chile, pues el imperativo democratizador y antiautoritario determinó que los principales clivajes en el debate DC se refirieran a cómo enfrentar la dictadura y la respectiva política de alianzas, cuestión que delineó por ejemplo el surgimiento de las corrientes “guatonas y chasconas” (Muñoz y Moyano, 2024). Sólo en algunos centros de pensamiento vinculados al mundo DC como lo fueron el CED, CIEPLAN y, hasta cierto punto, FLACSO, se mantuvo una reflexión más amplia sobre modelos de desarrollo, estado y sociedad civil, además de democracia y democratización, que cruzó el amplio espectro del campo intelectual de oposición (Puryear, 2016; Moyano y Garcés, 2020). Sin embargo, esas discusiones claves para las definiciones doctrinarias solo operaron a nivel de cierto sector de las elites demócrata cristianas, más vinculadas a la producción de saberes que a la vida político militante.

En lo que puede denominarse la “interna demócrata cristiana” los debates más intensos se generaron sobre las alternativas de un tránsito a la democracia, las formas de lucha, las posibilidades estratégicas de la movilización social para una posible negociación con el régimen y, fundamentalmente, el dilema respecto a las alianzas políticas. Existió ahí, como a lo largo de su historia (Moyano, 2009), orientaciones más dispuestas a acuerdos con la izquierda y otras que insistían en el camino propio o de alianzas estrechas que se resistían a dar por superados los traumas de la intensa confrontación con la Unidad Popular. En paralelo con lo anterior, debe considerarse además el factor generacional.

Los principales subgrupos DC identificables a nivel faccional durante la dictadura tuvieron origen e identidad generacional. Los llamados guatonas y los chascones tuvieron una lógica de acción diferente a la de los más adultos, con disputas mucho más enconadas dado que en la JDC habían operado prácticamente como partidos diferentes que se negaban legitimidad entre sí, sobre todo entre fines de los años setenta y principios de los ochenta. Pero lo claro es que esas facciones, con anclaje identitario generacional, tenían en su base diferenciaciones relativas a la lucha contra la dictadura, los caminos de la democratización y, a medida que se visualizaba una posible salida del régimen, el dilema en torno a las alianzas en un futuro post pinochetista, siendo un factor de cierto consenso la mirada programática inicial de rechazo a las modernizaciones que se consideraban fruto inherente de la acción autoritaria. En ese sentido, este artículo viene a colaborar a la comprensión tanto de los debates transicionales, como sobre culturas políticas partidarias durante la transición, cruzados por un acelerado proceso de desideologización.

El primer gobierno de la Concertación, liderado por Patricio Aylwin, Demócrata Cristiano con una destacada participación tanto como opositor a la Unidad Popular y posteriormente a la Dictadura, supuso el fin de la lucha de las identidades faccionales entre guatonas y

chascones (Muñoz y Moyano, 2024). Los primeros sintieron que los caminos institucionales de la transición o el aprovechamiento de oportunidades políticas en post de ello, había sido en gran parte su lucha. Los chascones, por su lado, sentían que habían perdido la candidatura, pero que el nacimiento de la Concertación habría dado la razón a su tesis inicial de la amplia alianza con el mundo socialista (la exclusión del PC fue asumida tempranamente por los chascones, sobre todo después de 1986). Pero, consolidado lo que Aylwin había llamado el “rencuentro de los demócratas” (Aylwin, 2018) la gran incógnita era si el PDC retomaría o actualizaría lo que había llegado a ser su sello como partido ideológico de los años sesenta, su debate en torno al modelo de desarrollo y el proyecto de país. ¿cobrarían nuevamente vida estos debates que habían cruzado la cultura política demócrata cristiana? ¿Qué definiría los debates y la organización de los subgrupos que competirían por la conducción de la DC? ¿Se desideologizaría el debate doctrinario transformándose la cultura política y con ello también, el peso que imprimieron los jóvenes en esta línea?

En este artículo analizaremos los sinuosos caminos de las definiciones que, una vez ganado el plebiscito de 1988, se generaron al interior de la Democracia Cristiana, respecto del rol del partido y las discusiones programáticas que estaban a la base de la necesidad de mantener la hegemonía electoral de dicho partido dentro de la Concertación. Faccionalismo, identidades políticas y conflictos generacionales, marcaron estos primeros años de la transición, que nos permitirán comprender dilemas de larga duración, siguiendo las huellas a través del debate contingente registrado por las principales revistas de oposición, diarios de circulación nacional, entrevistas y documentos partidarios, aportando a la comprensión de las culturas políticas de la transición.

Planteamos como hipótesis que tanto la elección de Aylwin como el primer gobierno de la Concertación, conllevaron a una serie de decisiones de parte de un sector de la Democracia Cristiana, que optó por darle gobernabilidad a la coalición de gobierno, articular consensos en torno a superación de la pobreza, avanzar en reconciliación con justicia en “la medida de lo posible” y consolidar la institucionalidad democrática bajo premisas del realismo político, en desmedro de las urgentes redefiniciones ideológica-partidarias que se esgrimían desde las juventudes y movimientos sociales de base, para redefinir el lugar de la DC en el nuevo contexto democrático. Así, emergieron nuevos lineamientos políticos en los que perdieron centralidad “chascones y guatones”, a la par que se desdibujaban con rapidez los contendores referenciales de una guerra fría que llegaba a su fin. De esta forma, la DC pasó de ser un partido donde los debates doctrinarios se desplegaban a través de un fuerte faccionalismo generacional, a uno de personalismos pragmáticos que manejaban bolsones electorales y transaban puestos en el gobierno, posponiendo el debate ideológico hasta vaciar de sentido a la propia colectividad, quitándole con ello también, el importante rol que jugaron los jóvenes en ese proceso. Las expresiones de este dilema, que terminó generando fugas importantes de militantes posterior al segundo gobierno concertacionista y que se desplegó con fuerza en el debate entre autoflagelantes y autocomplacientes, se visibilizaron inicialmente entre la elección de Patricio Aylwin para dirigir el primer gobierno de transición y la elección de Eduardo Frei Ruiz-Tagle (1988-1994). Por ello, comprender esta historia de redefiniciones en el nuevo escenario político que se abre con la transición, permite aportar elementos históricos, y no sólo político-electorales, para comprender la crisis que actualmente vive dicha coalición.

En términos teóricos, nos parece relevante explicitar que la cultura política nos remite tanto a las formas de construcción ideológica, doctrinaria y de identidad, en la que los actores

del partido se definen a sí mismos y construyen sus relatos de subjetivación y de otredad. La auto y la heteromirada implican por tanto, considerar que la dimensión histórica de las colectividades conlleva siempre disputas por los lugares de enunciación y las transferencias simbólicas que articulan la dimensión cultural de la identidad política.⁴ En ese sentido, es a través del tiempo y de las distintas cohortes de actores, que lo generacional constituye un componente clave en la construcción de la idea de partido-comunidad y en la configuración de mapas políticos interpretativos (Moyano, 2010, p. 43).⁵

Queremos resaltar además que, en relación intergeneracional, los sujetos van construyendo el lugar donde “su historia y donde prestan atención a materias tan sólidas como la representación de la autoridad, la creación de fronteras, la retórica de la persuasión, la expresión del compromiso y el registro del disenso” (Moyano, 2010, p. 44). Desde esa perspectiva, las dinámicas faccionales⁶ son una forma en que se despliega esa comunidad política, particularmente en la DC. Así, Desde ese cruce analítico es que analizamos sus disputas doctrinarias e identitarias en los primeros años de la transición.

La DC en la historia reciente

Las investigaciones académicas más contemporáneas en torno al PDC han permitido repensar su recorrido histórico. Su rápido ascenso en la medianía del siglo XX, su apuesta por una vía alternativa al socialismo y al capitalismo como propuesta de desarrollo económico y político en pleno contexto de guerra fría global, así como su activa participación en la oposición a la Unidad Popular, son algunos de los principales temas en los que se han centrado los análisis, con especial atención al papel jugado en el sistema de partidos y su rol como centro programático ideológico (Olavarría, 1966; Grayson, 1968; Fleet, 1985; Almeyda, 1986, pp. 139-149; Moulián, 1986; Farías, 2008).

Otro de los ejes ha estado centrado en analizar con mayor detención su participación tanto en el Golpe de Estado como durante la Dictadura militar, destacando aquí nuevamente

4 Elementos sobre identidades políticas presentes en la obra de Álvarez (2011); Moyano (2009). Incorporando la dimensión generacional a identidad y cultura ver Muñoz (2016).

5 Siguiendo a Karl Mannheim (1993, pp. 193-242), entendemos la categoría generación como dimensión que existe a partir de factores de origen biológico (nacimiento, muerte, edad), no obstante, desborda tales aspectos y se manifiesta fundamentalmente como problemática social. En lo generacional se cruza el tiempo biográfico con el tiempo histórico (Canales, Ghiardo y Opazo, 2015, pp. 47-67), dando lugar, a decir de Mannheim, a conexiones generacionales (como nudos problemáticos en torno a lo que se transforma y conserva en sociedad) y a unidades generacionales (que pueden articular grupos concretos) desde donde se disputa orden social y cultura. A la vez, asumimos que lo generacional configura también una construcción discursiva e identitaria desde donde actores colectivos se autorepresentan en la historia (Muñoz, 2019, pp. 129-159).

6 El debate sobre el faccionalismo es amplio y no hay un consenso sobre categorías como facción, corrientes y tendencias, a lo que se suma, como complejidad, que las militancias elaboran sus propias nomenclaturas con relación a los subgrupos partidarios. En este texto adscribimos a lo propuesto por Giovanni Sartori (2005, pp. 105-118), quien distingue entre las “tendencias” que sugieren conjuntos establecidos de actitudes que expresan diferenciaciones poco visibles, y las “facciones”, que serían grupos específicos y con alta visibilidad dentro de un partido.

la dimensión faccional de los debates que llevaron a la colectividad a promover cierto tipo de alianzas, en desmedro de otros (Walker, 1983; Ortega, 1992; Muñoz, 2020, pp. 1855-1894; Rubio y Torres, 2015, pp. 41-62; Huneus, 2016, pp. 247-271). En los distintos estudios hay coincidencia respecto de que la Democracia Cristiana –desde su origen– resolvió sus conflictos identitarios-generacionales por la vía de quiebres y rupturas (Ortega, 1992). Sus dirigentes habrían encarnado una historia de disputas, tanto con la derecha como con la izquierda, para levantar y fortalecer el partido. Lo anterior se habría acentuado con la experiencia vivida en los 60 y comienzos de los 70, donde primó la tesis del camino propio. Para Eduardo Saffirio (2016, pp. 1-8), las alianzas han sido para la DC, decisiones instrumentales para relacionarse con otros, dada su particular autodefinición de centro ideológico programático.

De lo anterior, es posible concluir con distintos autores, que la Democracia Cristiana es, y ha sido, un partido donde el debate respecto del “ser demócrata y cristiano”, no tiene una respuesta única, lo que ha posibilitado la emergencia de distintos grupos que han disputado la hegemonía de lo que significa el vínculo entre “democracia y social cristianismo” en distintos contextos, que, por cierto, han incidido en las experiencias generacionales de sus militantes.

Estos análisis, que relevan elementos de la cultura política, se complementan además con la dimensión transnacional que ha venido a poner a la DC dentro una historia interconectada dentro de la Guerra Fría, relevando los vínculos con otras colectividades que, situadas en otros espacios, fueron incidentes en lo financiero y en lo ideológico (Ulianova, Santoni y Nocera, 2021; Nocera, 2014, pp. 150-172), sin por ello desconocer las particularidades del caso chileno.

Con todo, la historia de la DC durante la transición ha sido menos explorada en términos historiográficos y ha despertado también una menor atención por parte de la sociología y la ciencia política (Navarrete, 2005, pp. 109-146; González, 1994, pp. 63-98). En estos estudios se ha resaltado que la conformación de la Concertación de Partidos por la Democracia potenció una serie de debates que también se expresaron como conflictos faccionales e identitarios, que han sido narrados in extenso, más no problematizados como parte de una cultura política particular (Ortega, 1992; González, 1992, pp. 63-98; Boeninger, 1997; Cavallo, 2013; Walker, 1993, pp. 59-67), ni tampoco como parte de los procesos de transformación de las prácticas políticas durante la transición, exceptuando los estudios de Luján (2018) y Pérez (2020).

Asimismo, la literatura consultada para el periodo referido, suele no centrarse en las divisiones del PDC durante el gobierno de Aylwin, consensuando tácitamente que estas no tuvieron un rol importante en el desarrollo político de la colectividad. Por ello, nos parece relevante las propuestas de Muñoz Tamayo (2020) quien afirma que tanto ‘chascones’ como ‘guatones’ adquirieron una naturaleza más coyuntural en el marco del Chile posdictatorial, articulándose alrededor de matices tácticos, afinidades personales y cuestiones pragmáticas. De allí que el relato generacional ‘chascón’ asumió la dispersión de su identidad en sintonía con el nuevo contexto y el imperativo de unidad del partido, permitiendo una mayor visibilidad a los ‘guatones’ quienes poseían mejores atributos para articular el poder negociador con otras colectividades y, por ende, para posicionar a la DC como principal partido dentro de la Concertación.⁷

7 En una investigación paralela sobre la DC en el contexto dictatorial, entendemos a chascones y guatones como corrientes visibles articuladas en torno a unidades generacionales. Ambas nacieron en la JDC a inicio de la dictadura y se proyectaron al partido mediante cuadros políticos que fueron asumiendo liderazgo nacional

Tal como declarara en 2017, el ex militante Yerko Ljubetic “Yo fui parte de una generación, la JDC que fue absolutamente excluida de la gestión de Aylwin, porque fuimos críticos al diseño de salida posplebiscito y anticipamos las limitaciones que esa transición iba a tener” (Ljubetic, 2017)

Finalmente, una amplia cantidad de estudios han girado en torno a explicar la crisis actual del PDC. Si bien este descenso forma parte de un fenómeno paradigmático y regional en cuanto a la noción doctrinaria e ideológica de los partidos demócrata cristianos (Mainwaring y Scully, 2003; Sigmund, 2003, pp. 64-77), para el caso chileno, hay un consenso que sitúa el inicio de la decadencia en los resultados electorales de las parlamentarias de 1997 y la pérdida de su condición de partido más votado en 2001 (Huneeus, 2003, pp. 1-9). A ello se suman los análisis que esgrimen, como parte de la crisis, el desgaste generado por liderar dos períodos presidenciales seguidos, en conjunto con la ausencia de una renovación de la militancia y la pérdida de las condiciones que definían al votante DC como socialcristiano y de centro (Huneeus, 2002a; Huneeus, 2002b, pp. 1-6; Douglas y Gillet, 2003; Herrera, Morales y Rayo, 2019, pp. 55-74; Herrera, Morales y Rayo, 2023, pp. 1-32).

En esa última dimensión, un conjunto de autores apunta a que estas pérdidas de sentido pueden asociarse a la disolución de la identidad cultural y doctrinaria, basada —principalmente— en la pérdida del peso de la inspiración cristiana, la articulación del debate contemporáneo en términos de la dialéctica liberal-conservadora que dejó de lado lo comunitario y, la “estatización” del partido, proliferando una baja fuerza cultural y presencia reducida en sectores decisivos de la sociedad civil (Soto, 1999, pp. 6-9; Douglas y Gillet, 2003; Saffirio, 2016, pp. 1-8). Navarrete (2005, pp. 109-146) que, incorporando postulados analíticos de González (1989), refiere al hecho de que una falta de innovación programática que acentúa la crítica sobre un partido carente de definiciones, terminaría por expresarse en discursos ambiguos frente a los principales problemas de la política nacional. En efecto, “el debate interno (sería) coyuntural y normalmente reactivo a posiciones que adoptan sus figuras nacionales y muy especialmente sus parlamentarios; ... y con ello no se revitaliza la agenda programática (Navarrete, 2005, p.130).

Estos estudios son un aporte para comprender la cultura política demócrata cristiana, y en este artículo nos interesa profundizar en las dimensiones generacionales y faccionales como elementos que permitan dar cuenta de un largo proceso de agotamiento de un partido doctrinario, que inicia una crisis política estructural justo en el momento en que retorna a dirigir la Presidencia de la República en 1990, por ello nos parece relevante revisitar el período 1989-1994.

1989: Narrativa densa de la elección de Aylwin y la redefinición de la cartografía faccional de la DC

El triunfo del NO en octubre de 1988 visibilizó una serie de dilemas que no se encontraban resueltos en la Concertación, en el marco de un conjunto de debates sobre el escenario institucional en el que se llevarían a cabo las elecciones libres de 1989. Así, a la par que se discutían

durante los largos 17 años de dictadura. En ese sentido, los chascones liderados por Ricardo Hormazábal, Guillermo Yunge y Andrés Palma, entre otros, así como los Guatones conducidos por dirigentes como Gutenberg Martínez y Jorge Pizarro, configuraron grupos de identidad generacional con lógicas de acción propias y diferenciadas del accionar político de los dirigentes de generaciones mayores.

las necesarias reformas constitucionales que posibilitarían avanzar en una institucionalidad que garantizaran una competencia democrática real, se visibilizaban todas las trabas que imponía el sistema binominal, un parlamento que tenía asegurado senadores designados y la permanencia del artículo 8 que impedía que partidos como el Socialista o el Comunista, pudieran inscribirse formalmente. En paralelo, estaba en discusión el diseño de los distritos electorales, porque tendía a favorecer a las fuerzas que habían votado por la opción SI en el Plebiscito y con ello, se aseguraba que al menos 1/3 del parlamento fuera adherente al régimen militar y su legado.

Con todas esas incertidumbres, corrían en paralelo discusiones dentro de la propia Concertación. Si bien había acuerdos programáticos mínimos, estos resultaban insuficientes para la proyección a un gobierno de transición, aunque fuera el horizonte hegemónico. En ese escenario, tres elementos generaban una tensión al interior de todas las colectividades: ¿Habría un candidato único de los 17 partidos?; ¿Cuál sería el mecanismo de elección?; ¿Cuáles serían los criterios para formar las listas parlamentarias? Estas tres preguntas estrictamente electorales, desataron dentro de la colectividad ubicada en la calle Carmen, en la comuna de Santiago, debates bastante más profundos que daban cuenta de las redefiniciones del faccionalismo interno, de la identidad demócrata cristiana en un gobierno de transición y de las definiciones doctrinarias para la nueva democracia.

El año 1989 se iniciaba con un verano particularmente caluroso en la DC. A la espera de la Junta Nacional del partido en Talagante y sin haber llegado a un acuerdo respecto del precandidato único DC para presentar a la Concertación, se reunieron en la casa en Enrique Krauss los principales dirigentes del aylwinismo, es decir, del grupo que levantaba la precandidatura de Patricio Aylwin. Este sector estaba compuesto, entre otros, por el ya poderoso subgrupo de identidad generacional “los guatones”, liderados por Gutenberg Martínez. Participaron de dicha reunión Patricio Aylwin, Gutenberg Martínez, Juan Carlos Latorre, Edgardo Boeninger, Eliana Caraball, Enrique Pueller, Carmen Ramírez, Carlos Dupré, Juan Hamilton, Daniel Sierra, Alfredo Lorca, quienes debatieron fuertemente con Andrés Zaldívar, que había sido el encargado de explorar alguna negociación con los otros precandidatos DC, Eduardo Frei y Gabriel Valdés, respecto de buscar un acuerdo o incluso un nombre alternativo como el del propio Andrés Zaldívar (Revista Hoy, no 601, 1989, p. 4). Aquella tarde todo quedó en punto muerto, aunque Aylwin estaba convencido de que su nombre concitaba mayor apoyo, no sólo en la DC, sino que, en los partidos de la Concertación y, que iría hasta el final por la nominación (Aylwin, 2018[1998], p. 363).

El debate de dicha reunión se había originado cuando en la Junta de Talagante de octubre del 1988, Aylwin no fuera aclamado como pedían sus partidarios. Gabriel Valdés había expresado su voluntad de ser precandidato apoyado por sectores del ala izquierda del partido, lo que generó una tensión que imposibilitó el acuerdo y obligó a un llamado a elecciones para designar a una nueva Junta Nacional. Por otro lado, apareció la candidatura de Eduardo Frei Ruiz Tagle, que concitó apoyo de dirigentes como Edmundo Pérez Yoma, Genaro Arriagada, Alejandro Foxley, Eduardo Cerda y Carlos Figueroa, junto a gran parte de la corriente generacional de “los chascones”, liderada por Ricardo Hormazábal, que había sido fuerte en el movimiento estudiantil de los años ochenta. Las acusaciones de fraude en dicha elección, enmarcadas en un escándalo conocido como “Carmengate”, aumentaron las tensiones, a lo que se sumaron los pronunciamientos extrapartidarios. El Partido Socialista de Núñez y el PPD daban su apoyo explícito a Aylwin, indicando que no era el momento para que un socialista, como Ricardo Lagos, liderara un gobierno de coalición, pero a cambio le pedían que frenara al grupo de los

“renovadores”, liderados por Adolfo Zaldívar, partidarios de un gobierno que no abarcara a toda la Concertación, conocida como la “coalición chica”. De otro lado el PS Almeyda levantaba la precandidatura de Alejandro Hales, como una forma de presionar a la DC para definirse rápidamente por Aylwin, evitando que el conflicto interno de la colectividad generara efectos tanto en el proceso de unidad socialista, como en las definiciones de radicales y otros partidos de la Concertación.

Así el 10 de enero de 1989 se formaron 2 comisiones por parte del Consejo Nacional de la DC, la primera, denominada “Comisión ad hoc de análisis de la situación interna” (Revista Hoy, no 601, 1989, p. 5), constituida por personeros de distintas facciones: Claudio Huepe, Genaro Arriagada, Arturo Frei, Juan Carlos Latorre, Hernán Bosselin y Gutenberg Martínez. En esa comisión se realizarían las “modernizaciones” (Revista Hoy, no 601, 1989, p. 5) para redefinir las normativas con las que debía actuar el TRICEL y el Tribunal de disciplina. La segunda comisión, constituida por Edgardo Boeninger, Carlos Dupré, Jorge Pizarro, Arturo Frei y Eric Campaña, tenía como principal tarea establecer las bases sobre la que se definirían las candidaturas para las elecciones parlamentarias, llegando a la decisión unánime de que cada candidatura debía ser firmada por al menos 10% de los militantes del distrito, pasando a ser evaluadas por las juntas provinciales y posteriormente, por el Consejo Nacional, asegurando así “la democracia en la base” (Revista Hoy, no 601, 1989, p. 5), que en la postre trataba de equilibrar, dentro de las dinámicas faccionales, las legítimas expresiones de las bases militantes con el fuerte poder de decisión que tenían los líderes históricos de la colectividad.

Estos esfuerzos dentro de la DC no fueron impedimento para que en paralelo se expresaran las otras aspiraciones presidenciales. Junto a Aylwin, Valdés y Frei, se habló también de la posibilidad de Sergio Molina, en una dinámica parecida a cuando apareció el nombre de Zaldívar. Cerraba este tornasol de candidaturas, la de Andrés Zaldívar que no se bajaba de la carrera y era apoyado por el grupo de los “magníficos”, articulados principalmente alrededor de la figura de Adolfo Zaldívar que lideraba a los autodenominados “renovadores” (Revista Hoy, no 601, 1989, p. 5).

Tal como narraba la Revista Análisis en 1989, con la nominación de Aylwin aparecieron con toda crudeza las diferencias que separan a los diversos sectores del PDC. “En términos estrictos, todo el conflicto ha vivido, ha consolidado las facciones y puesto en el tapete las diferentes ideas que, del partido y su rol en la sociedad, tienen los grupos que conviven dentro del PDC” (Revista Análisis, no 262, 1989, p. 9).

Sin embargo, en la memoria de los actores, si bien la discusión existió y reconfiguró el ordenamiento faccional, esta no tuvo como base una discusión ideológica o programática. Así lo recuerda Miguel Aylwin,

el debate, por lo menos en los primeros años de la Transición, no se centró en las utopías, sino que se centró en las cosas prácticas que había que resolver de manera inmediata, y que tiene algo que ver con el carácter pragmático de mi papá, ...o sea él decía que la política es hacer lo que se puede de lo que se quiere (Miguel Aylwin, 2022).

De esta forma el faccionalismo que daba cuenta de corrientes internas, con sus respectivos líderes y militantes, que se posicionaban de manera distinta respecto del papel de la DC

en el nuevo contexto democrático, tenía menos debate doctrinario del que tuvo en los años 60 y en los años 80. El escenario político que se aperturaba con la transición, conllevaba reflexiones sobre cuál sería el rol de la colectividad en una democracia que tendría grandes limitaciones institucionales, producto del pacto transicional y que, sin duda, traería importantes costos para el mismo partido si lideraba el primer gobierno. Se le sumaba a lo anterior, la finalización de la Guerra Fría, con el desmoronamiento de la URSS y el bloque soviético, lo que obligaba a la DC a redefinir su otredad anticomunista y sus redes internacionales, que le habían dado sustento de larga duración en el siglo XX. Sin embargo, estos debates se pospusieron en pos de un acuerdo amplio sobre la gobernabilidad. En los recuerdos de Duarte,

diría que el debate de la Democracia Cristiana no fue en torno a cuál era el modelo. Era claro que era la lucha contra la pobreza y era claro que era la reconciliación entre los chilenos. Esos objetivos políticos eran dos ejes sobre los cuales giró la política democratacristiana durante toda esa década (Duarte, 2022).

Así, en 1989, abandonado los debates doctrinarios, en la nueva cartografía faccional de la DC se encontraba el sector reconocido como “aylwinista”, compuesto por actores de la centro-derecha del partido, con un gran peso de los llamados “guatones”, partidarios principalmente de promover a una DC como principal colectividad de la Concertación, pero apelando a un gobierno suprapartidario que agrupara a un gran arco, donde quedaban excluidos el PC y la derecha. Ese gobierno suprapartidario, nacía de lo que se narraba como un aprendizaje, que en palabras de Gutenberg Martínez “implicaba reconocer que la DC no es el único partido del país, que realmente se requieren las mayores convergencias y consensos. El país necesita un gobierno de esas características y un Presidente que tenga la capacidad de colocarse por sobre los partidos” (La Época, 2 de abril de 1988, p. 11).

En suma, para Martínez, este suprapartidismo implicaba que, a la DC se le respetara un 35% de representación en el parlamento, rechazando la idea del cuoteo y promoviendo un gobierno de la eficiencia, como marcos básicos que asegurasen la gobernabilidad y el consenso (La Época, 2 de abril de 1988, p. 11). Sería entonces en el poder ejecutivo donde la DC jugaría un rol clave, particularmente en el gabinete del presidente, posibilitando la integración de otros actores políticos, expresión de mayor representación en el primer gobierno de transición que requería de ese gesto conciliador y articulador.

En otro sector se agrupaban los autodenominados “renovadores”, liderados por Adolfo Zaldívar y Hernán Bosselin, que aspiraban a consolidar a la DC como un partido de centro, capaz de conseguir acuerdos sólidos con la derecha; “acogiendo la economía social de mercado, como fórmula de desarrollo y afirmada, en perspectiva de gobierno en la Concertación chica” (Revista Análisis, no 262, 1989, p. 9).

La otra línea era “el progresismo, que es un universo heterogéneo, sin liderazgo claro y permanente y que expresa más bien una sensibilidad... propone una alianza de largo plazo con sectores socialistas, de manera de construir una mayoría estable capaz de realizar cambios profundos, pero que no arriesgue el marco democrático” (Revista Análisis, no 262, 1989, p. 9). Ese llamado progresismo se había visto seriamente afectado con la división de los chascones. Buena parte de estos últimos habían tratado de convencer a Gabriel Valdés de que disputara la elección por la presidencia del partido en agosto de 1987, pero este se negó. La

decepción por esa decisión, fue lo que a juicio de los chascones terminó catapultando la candidatura de Aylwin (Muñoz, 2020), así como que buena parte del mundo chascón promoviera la candidatura de Frei Ruiz Tagle. Como recuerda el dirigente Rodolfo Fortunatti:

tomamos una decisión colectiva, nos reunimos en el Colegio de Profesores, en una de las salas y ahí estaban presentes Ricardo Hormazábal, Andrés Palma, Flavio Cortés, Gustavo Rayo, en fin, los jóvenes que podrían ser identificados como chascones y en ese momento tomamos la decisión de respaldar la candidatura de Eduardo Frei Ruiz-Tagle (Rodolfo Fortunatti, 2016).

De los relatos previos, es posible afirmar que los dilemas faccionales no sólo se expresaron en la elección del precandidato, sino que también en la fórmula para designar al mismo. Si bien, esto fue un debate dentro de toda la Concertación, en la DC hubo posiciones encontradas entre quienes eran partidarios del cónclave, entendido como acuerdo entre las directivas de los partidos y los partidarios de la convención, entendida como una fórmula más amplia de participación (apoyada por los socialistas de Núñez además del Partido Radical) y, la tercera alternativa: el plebiscito, solo promovida por sectores del PS Almeyda y uno que otro miembro del PPD, sin resonancia en la DC.

La disyuntiva respecto de fórmula precipitó mayores expresiones de división en la DC. Ante el rechazo que generaba en algunos sectores la figura de Aylwin, apareció con fuerza la opción de Frei Ruiz Tagle como un hombre que generaría mayor adhesión ciudadana. Ante un partido que no podía ponerse de acuerdo, los otros miembros de la Concertación comenzaron a ejercer presión nominando al radical Enrique Silva Cimma, apoyado por socialistas Núñez, PPD y humanistas, tratando de cerrar el paso a la “coalición chica” conformada por la DC, PAC, USOPO, la Social Democracia y el propio Partido Radical y de la que eran abiertos y fervientes promotores, los hombres y mujeres liderados por Adolfo Zaldívar.

El humo blanco en la tienda DC vino en la Junta de Talagante del 4 de febrero de 1989. Después de más de 20 horas ininterrumpidas de debates, Aylwin fue electo como precandidato. La disputa fue feroz, los negociadores de las distintas facciones barajaron distintos escenarios para tratar de que Aylwin no fuera aclamado, pese a haber obtenido 156 delegados que le darían su apoyo, debido al debate sobre el quórum. Según revista Análisis, fue en la madrugada del 5 de febrero donde triunfó la opción del quórum simple. “De todas maneras, los partidarios de Frei y Valdés se lanzaron a buscar una forma de bloquear la candidatura de Aylwin. Impedir, a lo menos, que fuera proclamado sin votación. Era la forma ideada para demostrar que Aylwin no contaba con el apoyo de todo el PDC” (Revista Análisis, no 266, 1989, p. 10).

Claudio Huepe (negociador de los valdesistas) “se abalanzó sobre la mesa y le susurró a Irureta ‘no puedes hacer eso, hay que votar’. Tomó el micrófono y lo exigió en voz alta. Las pifias fueron muchas pero la mesa aceptó. Las palabras de Huepe fueron apoyadas por Juan Claudio Reyes” (Revista Análisis, no 266, 1989, p. 10). Sin embargo, cuando habían empezado a votar Valdés y Hormazábal decidieron darle el apoyo a Aylwin y volver al mecanismo de la proclamación, sin terminar la votación de los consejeros. La elección fue un completo bochorno. En palabras del propio precandidato: “Chile nos mira. Nuestros amigos, con perplejidad e impaciencia. Nuestros adversarios, con complacencia e ironía. Más perjuicio aún nos ha causado el espectáculo que dimos, con las penosas incidencias de nuestro proceso electoral interno” (Revista Análisis, no 266, 1989, p. 8).

Siendo la ley electoral todavía un proyecto, sin acuerdos entre conclave o convención, la elección de Aylwin como candidato único de la Concertación se resolvió por presión de las cúpulas partidarias socialistas. En Resolución del Pleno del Comité Central del Partido Socialista de Chile de 21 de junio de 1989, los almeydistas expresaron que proclaman a Aylwin como su candidato porque han arribado a acuerdos programáticos globales, que “tienen relación con contenidos sustanciales de la transición” (Revista APSI, no 310, 1989, p. 8), presentes en varios documentos como el Acuerdo Económico Social, la Declaración sobre los Derechos Humanos de diciembre de 1988, el Acuerdo sobre las bases de la transición del 2 de febrero de 1989 y las Bases político institucionales para la futura democracia.

Finalmente, el 6 de julio de 1989, el precandidato DC fue proclamado candidato único por los 17 partidos. Se iniciaba así un pequeño respiro centrado en los esfuerzos de la campaña, pero los conflictos dentro de la DC no desaparecieron y los dilemas faccionales y generacionales siguieron operando como motor de las discusiones al interior de dicha colectividad.

Las lecturas faccionales de los principales dilemas DC en el primer gobierno de transición

Entre 1990 y 1994 la DC vivió intensos debates internos y múltiples elecciones. De diversa índole, las discusiones y las elecciones estuvieron siempre cruzadas por un faccionalismo que se reestructuró en estos años, desapareciendo las distinciones entre guatones y chascones de los ochenta, para rearticularse en torno a personalismos que fijaban posiciones respecto de 3 dilemas que marcaron estos primeros años de transición: 1. La concepción de Concertación y la hegemonía de la DC; 2. El rol de la DC en el contexto democrático y 3. Modernización y pragmatismo, todos carente de un carácter doctrinario e ideológico, sino que por sobre todo práctico y electoral.

Entre 1990 y 1994 la DC tuvo la siguiente secuencia de presidentes: Andrés Zaldívar, Eduardo Frei, Gutenberg Martínez y Alejandro Foxley. Todos ellos vivieron contiendas particulares. Andrés Zaldívar asume como tal cuando Patricio Aylwin es nominado como candidato de la Concertación y su período se prorroga por un año a petición del propio Aylwin, conformando una mesa de consenso a la que se integraron miembros de las distintas facciones: Krauss, Bosselin, Riveros y Boeninger, para darle estabilidad a una DC notoriamente fracturada por las disputas que dejó la elección de Patricio Aylwin.

Tanto la elección de Zaldívar como la de Frei, tuvieron como marca la sucesión presidencial. Quien ganaba la presidencia del partido lo hacía para convertirse en carta presidencial. Distinto fue el clivaje que marcó las elecciones de Martínez y Foxley, donde lo decisivo era el apoyo irrestricto al programa de gobierno. Así se fueron rearticulando las facciones entre oficialistas y no oficialistas, los que ganaban cuotas de poder en el ejecutivo y los que quedaban fuera del mismo, reconfigurando el mapa interno del partido (Revista Hoy, no 696, 1990, p. 20). Aylwinistas, freistas y renovadores fueron las facciones más activas en estos años, con el valdesismo en franca retirada. Los nombres de las mismas dan cuenta de que el faccionalismo democristiano durante la transición, estuvo más centrado en personalismos y caudillos, que en posiciones doctrinarias. Hacia 1994, en las elecciones internas “las antiguas tendencias tienen un protagonismo desdibujado” (Revista Hoy, no 880, 1994, p. 10).

El costo de la administración impidió que se desarrollara un debate doctrinario profundo. Este se postergó para 1998 y finalmente no se realizó (Navarrete, 2005, pp. 109-146). Tal como lo recuerda Ignacio Walker

Es muy simple la DC en los años 80 -90. Primero, el eje ¿cuál es? Dictadura / Democracia. No Reforma / Revolución. ¿Dónde estamos? Con la Democracia. ¿Entre quiénes? Entre todos los que están en contra de la Dictadura. Y, segundo, y los que estamos por la equidad social, por un crecimiento con equidad. Punto, ahí estuvimos 20 años con esos conceptos” (Ignacio Walker, 2023).

Si bien, estos acuerdos programáticos concitaron apoyos transversales, otros (no mencionados en el recuerdo del militante), vinculados a lo que debía ser la Concertación y el papel de la DC en ella, reconfiguró nuevamente posiciones faccionales dentro de la colectividad. ¿Debía ser la Concertación una coalición pequeña o una suprapartidaria? En 1990, esta pregunta no estaba cerrada. Para sectores vinculados a los conocidos como “renovadores” liderados por Adolfo Zaldívar y Hernán Bosselin, la Concertación no podía superponerse a la identidad demócrata cristiana, planteando que la alianza debía ser solo instrumental agotándose hacia fines del gobierno de Aylwin, misma posición que manifestaba el “vasco” Narciso Irureta, quien criticó al gobierno por ser burocráticos y excluirlos, afirmando que “el Ejecutivo negocia las reformas constitucionales con la oposición y, sin embargo, no le pide la opinión al Consejo o a la Junta de la DC, dando por descontado su apoyo” (Revista Hoy, no 696, 1990, p. 20), porque ser DC es “creer en los principios del humanismo cristiano. Ser DC es creer en la libertad, en la justicia y en la solidaridad. La tarea fundamental de un DC es estar junto a los pobres” (Revista Hoy, no 739, 1991, p. 19).

En palabras de Irureta, la DC tenía serios problemas internos, que no se solucionarían sin no se les daba mayor participación a los militantes, especialmente a los jóvenes. “Tenemos que reinsertar al partido en la base social, de la cual parece desconectado, especialmente en el trabajo vecinal, con los campesinos, y falta, además, un trabajo profesional y técnico de los profesionales del partido para colaborar en la elaboración de proyectos y programas de gobierno” (Revista Hoy, no 739, 1991, p. 19).

Para freistas y aylwinistas, en cambio, la Concertación debía proyectarse por varios años más, debiendo fortalecerse el eje PS-DC. Sin embargo, sabían que eso traería problemas dentro de la misma coalición, por cuanto querían mantener a la DC como partido hegemónico, cuestión que tuvo momentos muy tensos, particularmente en la definición de la candidatura de Eduardo Frei para el segundo gobierno de Concertación. Según se relata en la Revista Hoy, “Lo que está ante nuestros ojos son dos miradas por ahora excluyentes sobre el futuro... Para la DC lo principal es la jerarquización de los miembros de la alianza, según pesos en votos. El laguismo en cambio, parte de un derecho de igualdad inicial para competir en el poder (Revista Hoy, no 801, 1992, p. 11).

Complementaba lo anterior, que freistas y aylwinistas también reconocían la debilidad de la Concertación en las bases, en el mundo social, donde “nuestros aliados no quieren hacer alianzas con nosotros. Y entonces, en el mundo sindical se produce más bien la alianza socialista-comunista, que DC-PS” (Revista Hoy, no 676, 1990, p. 17). Para el año 1993, socialistas y DC no llevaron lista única en la FECH, demostrando la fuerte dimensión cupular de la identidad concertacionista. Por ello, cuando Eduardo Frei es nominado como candidato a presidente de la República, marcó con fuerza en su discurso de aceptación, que

La Concertación no es solo una alianza electoral. Ella es, antes que nada, una afirmación de valores, un aprendizaje de nuestra historia hecha a partir de las causas que llevaron a la destrucción de nuestra democracia en 1973 y de la dura experiencia que continuó por 17 años. La Concertación es la convergencia de unos partidos que, cansados de sus luchas sectarias y de la política como práctica de la intransigencia, acuerdan abrazar, juntos, la causa de la tolerancia, de la amistad cívica, de la colaboración y el respeto en nombre de valores superiores que trascienden el marco de ellos mismos (Frei, 13 de diciembre de 1992, Archivo Presidencial Patricio Aylwin, p. 5).

La propia dinámica de la Concertación generó estas tensiones. Diseñada en primera instancia como una coalición suprapartidaria, donde los partidos se entendían directamente con el presidente a través del Ministerio Secretaría General de Gobierno, con un fuerte presidencialismo, se desdibujaba su estructura fuera de las cúpulas. Ese fue el diseño de Edgardo Boeninger, ideado como el modelo más eficiente para alcanzar los acuerdos e impedir que las disputas al interior de los partidos afectaran la gobernabilidad del país.

Ello gatilló que entre 1991 y 1994 los DC, aunque sin mucha profundidad, reconocieran la necesidad de redefinir su rol en el nuevo contexto democrático. En una columna publicada en la Revista Mensaje, Ignacio Walker planteaba, que la identidad doctrinaria de la DC estaba en el pluralismo, la tolerancia y la política de alianzas. “Y es en la Concertación donde mejor se expresa esa voluntad de alianzas”, por ello propone

entender a los partidos como culturas y subculturas más que ideologías. Sociedad comunitaria y economía solidaria, para una democracia integral. Los DC no aspiramos a un modelo económico en particular ... Una economía solidaria donde el mercado es el principal instrumento de asignación de recursos y el Estado el garante del bien común (Revista Mensaje, no 405, 1991, p. 477).

Esta posición fue fuertemente criticada por los jóvenes del partido, que como desarrollaremos más adelante, sentían que la opción por esta definición como orientadora de la identidad partidaria, desdibujaba lo doctrinario y hacia primar el pragmatismo. En la misma columna citada previamente, Walker afirmaba que “en una cultura fuertemente presidencialista como la nuestra- para bien o para mal- son los liderazgos más que las instituciones los que hacen la diferencia entre una y otra alternativa” (Revista Mensaje, no 405, 1991, p. 477).

Pese a que la postergación del congreso doctrinario para el año 98 pareció cancelar este debate, este siguió existiendo en las distintas facciones. Si bien terminando el primer gobierno y realizada las elecciones parlamentarias, había muchas razones para que el partido estuviera contento con los resultados electorales, “distintos sectores internos han ocupado varios meses preparando documentos y minutas en las que hacen una reflexión respecto de aspectos formales y de contenido del quehacer partidario”. Según la Revista Hoy (1994) “[a]l convertirse en un partido de la administración del poder, eficiente pero insuficiente como como proyecto, no motiva a las generaciones jóvenes y se auto protege más de la cuenta, impidiendo la crítica, la renovación y la necesaria oxigenación que requiere una institución de este tipo” (no 861, p. 9).

A lo anterior se le suma que entre 1992 y 1994 la DC enfrentó 11 elecciones internas y nacionales. Esto, para la prensa política cercana a la colectividad, ponía a dicho partido a un alto “nivel

de estrangulamiento y le ha impedido elaborar propuestas. En este año y diez meses sin tener que elegir a nadie para ningún cargo, la DC debería enfrascarse en su autorreparación, en fortalecer su orgánica, en buscar un buen estilo de vincularse con el gobierno” (Revista Hoy, no 880, 1994, p. 12).

En ese contexto, definir el rol de la DC en el escenario democrático no podía quedar como una preocupación de pocos. Aunque hay muchas huellas periodísticas que dan cuenta de que varios sectores de la tienda trataron de evitar entrar en ese debate, fueron los jóvenes quienes lo levantaron con más fuerza, intentando superar el faccionalismo, para entrar en una disputa generacional, que hacia 1994 se negó con fuerza por el dirigente Jorge Pizarro (La Nación, 5 de diciembre de 1994, p. 12). La crítica de Sergio Micco respecto de que vivíamos en una democracia de cóctel no cayó bien a los jerarcas. Denominó a la democracia como plebiscitaria, donde lo que la mayoría quiere, se hace sin discusión y donde el máximo ejemplo de la superficialidad era tener como presidente del PPD a Jorge Schaulsohn “quien no cree en los partidos” (La Nación, 12 de diciembre de 1994, p. 4).

Por último, la elección de Frei como presidente la República, visibilizó otro dilema: el de las modernizaciones y el pragmatismo político. Los freistas hablaron de una transición, porque si “hay un rasgo distintivo en la conducción de Frei fue su presidencia unitaria, logrando desperfilar las fracciones a través de un trabajo en equipo” (Revista Hoy, no 830, 1993, p. 13), a la par que se reconocía que a diferencia de Aylwin tenía una escasa relación con los otros miembros de la Concertación. “Entre Frei y los Correa, los Bitar o los Solari, no hay historias comunes” (Revista Hoy, no 830, 1993, p. 13).

Lo anterior resultaba preocupante, porque para la DC Frei era expresión de una vieja casta con un proyecto de modernización, que ponía más atención en la eficiencia que en el contenido de la misma. Desdibujadas las tensiones faccionales, igual se levantaron voces como las de Aldo Cornejo quien enfatizaba que “No hay unidad de proyecto. No sacamos nada con hablar de modernidad si no tenemos claro, por ejemplo, el tema de las privatizaciones. ¿La modernidad es sinónimo de privatizar? ...Eso no lo hemos discutido” (La Nación, 31 de diciembre de 1994, p. 10).

Así, la crítica a las formas de hacer política durante el inicio del segundo gobierno de la Concertación liderado por un DC, fue otro de los dilemas que cruzaron al partido. Sin embargo, el faccionalismo ya se había desdibujado en personalismos y la cartografía DC cambió drásticamente, llevando al partido a un agotamiento doctrinario significativo. En la memoria de Ljubetic

cuando la política en Chile por todas estas circunstancias empieza a perder densidad, los más afectados son los grupos que su identidad tenía mucho que ver con el debate de ideas, con... Nosotros todavía leíamos y planteábamos temas como socialismo comunitario, pero cuando la política se vuelve totalmente pragmática en función del escenario que tiene que debatirse, yo diría uno de los primeros afectados son los grupos que tienen en esto un elemento identitario más importante (Ljubetic, 2016).

Dilemas generacionales y tensiones doctrinarias

La pugna que los jóvenes de la Democracia Cristiana sostuvieron con el partido en el primer gobierno de Concertación, tuvo tres sentidos convergentes en clave generacional. En primer lugar, una disputa sobre el lugar de los jóvenes y la experiencia transferida para interpre-

tar a actores socializados en un país transformado profundamente por el neoliberalismo. En segundo lugar, una crítica respecto del pragmatismo y la falta de debate ideológico que podía condenar a la DC a una simple máquina electoral y, en tercer lugar, una definición crítica sobre lo que significaba la Concertación. Los dilemas generacionales se dieron a lo largo de todo el gobierno de Patricio Aylwin y se prolongaron hasta los inicios del gobierno de Frei, donde se fueron desdibujando rápidamente. Durante 1989 y 1994, los jóvenes DC fueron construyendo un discurso en el que la unidad generacional le dio un nuevo sentido al “ser humanista cristiano y concertacionista”. En su relato, fueron creando un significado de lo suprapartidario, distinto del que se fue articulando en la DC adulta, en el que reconocían que su principal aporte fue hacer de la práctica de unidad en las bases, el cimiento básico de la posibilidad posterior de construir una Concertación.

Según Sergio Micco, presidente de la JDC, “el movimiento generacional se nutre de la lucha de base contra la dictadura. Primero en la Vicaría, en la opción por los pobres y después fue partidario. Sus prioridades fueron taxativas: la lucha por la sobrevivencia y su capacidad de lograr acuerdos vitales” (Revista Hoy, no 687, 1990, p. 22). De allí, explica Micco, la facilidad de los “jóvenes DC de trabajar juntos con los de la JS o del PC. Esa flexibilidad suele irritar a los dirigentes partidarios, más apegados a las viejas discrepancias y rivalidades” (Revista Hoy, no 687, 1990, p. 22).

Los jóvenes criticaban las pugnas partidarias adultas ya que tendían a generar tensiones que golpeaban su propia identidad y los convertía en simple actores secundarios, restándoles autonomía y poder. Según el mismo Micco, “[e]l partido tiene un trauma con su juventud... porque en el congreso del 67 emergieron tendencias juveniles que, a la postre, dividieron al partido, pero es paradójico que el partido desconfíe de su actual juventud, que ingresó en las horas más duras y en las tareas más riesgosas” (Revista Hoy, no 687, 1990, p. 22).

En 1990 la Democracia Cristiana tenía más de 20 mil militantes en torno a los 35 años. De 23 federaciones universitarias, lideraban 16 y al menos el 25% de los centros de alumnos de liceos. Una fuerza no despreciable, en un contexto donde ya asomaban síntomas claros de una despolitización partidista, que caracterizaría a juicio de los sociólogos de los años 90, una cultura propia de los países que avanzaban en procesos de modernización exitosa (Brunner, 1998, pp. 173-198).

La lectura generacional de su experiencia, les permitía a los JDC situarse en el presente transicional, advirtiéndoles su desplazamiento por los viejos del partido y disponiendo de un juicio crítico del lugar que les asignaban en la historia. Para ellos, su generación disponía del valor nacido de su experiencia y de la necesaria crítica que se merecía la generación que vivió el Golpe y que venía con sus miedos y proyectos a imponer los ritmos del presente de la transición, sin un diálogo intergeneracional donde se les reconociera su aporte vivencial en la construcción de una alianza programática, con quienes –hasta hace pocos años– solo habían tenido desencuentros. A decir de Claudio Orrego, presidente de la FEUC en 1990, esta situación se daba porque ellos (los adultos) “que hoy tienen participación activa, creen que todo lo que se podía hacer ya se hizo y mucho ya era utópico, entonces no sirve. Tengo una valoración negativa de esa generación, porque arrastró al país a una dinámica creciente de exclusiones mutua; porque sus utopías y sus proyectos eran absolutos” (Revista Hoy, no 690, 1990, pp. 13-14).

Para el líder de la FEUC, eran los jóvenes politizados en dictadura los más facultados para mediar con los jóvenes pobladores y los adolescentes, a quienes la democracia les parecía ajena. Orrego enfatizaba que era el momento de promover un vuelco en la cultura política

juvenil, más habituada a la protesta que a la participación, como parte fundamental para la consolidación de una democracia integral (Revista Hoy, no 690, 1990, pp. 15).

Con una experiencia generacional como principal capital político, enfatizaban que “nuestra juventud no fue ni candorosa ni intolerante. Entendimos que el sectarismo y la intolerancia acabaron con la democracia en Chile, y cuando entramos a la universidad supimos que por ese camino era imposible derrotar al régimen militar. ¿Qué hicimos? Nos unimos, pues” (Revista Hoy, no 715, 1991, p. 12).

Esa identidad generacional nacida de una resignificación de su politización en los años 80, también permitió una aguda crítica a las formas de hacer política que estaban instaladas en el partido adulto. Los jóvenes DC se movilizaron, por fuera de las tensiones faccionales del partido, para tratar de instalar la necesidad urgente de desarrollar un debate programático que le diera a la DC un proyecto político renovado en la nueva democracia.

Conscientes de lo que significaba ser el partido más importante de la nueva coalición gobernante, expresaban su preocupación por el excesivo pragmatismo que promovían los adultos, evitando los debates sustantivos por los supuestos riesgos que ello pudiera imprimir a la tan sobrevalorada “governabilidad” y a los consensos. En 1990 advertían que, de seguir esquivando la discusión política ideológica, el partido se transformaría en “una maquinaria de poder, perdiendo la utopía del cambio” (Revista Hoy, no 687, 1990, p. 21).

El diagnóstico los llevó a tomar la iniciativa y en julio de 1990 organizaron las “Jornadas Mario Martínez”, espacio de debate donde discutieron de “trabajo y empresa; democracia como modelo de convivencia; persona y sociedad en la era tecnológica; equilibrio ecológico y desarrollo socio personal; la cultura nuestra de cada día; humanismo cristiano: nuestras raíces y compromisos” (Revista Hoy, no 687, 1990, p. 21) como ejes centrales, en conjunto con la realización de coloquios históricos destinados a analizar los gobiernos de Frei y Allende.

Su apuesta era presionar al Partido a darle sustancia a la democracia y construir una nueva utopía, sin la cual la política se volvía solo administración, que al no disponer de una ética podía caer rápidamente en prácticas de corrupción. A pocos meses de iniciado el primer gobierno de transición, advertían que la falta de un debate ideológico, podría llevar a la DC y a toda la Concertación, a vivir el efecto PRI, una máquina electoral sin principios ni valores, dispuesta a todo con tal de mantener el poder. Sergio Micco, presidente de la JDC, era enfático al indicar que

mientras los viejos están preocupados de la ética de la responsabilidad, de hacer las cosas bien en la medida de lo posible. Nosotros, como jóvenes DC, por decirlo en términos de Weber, estaríamos más preocupados de la ética del testimonio... porque si se pierde lo ético, por muy transición en la que estemos metidos, tarde o temprano nos vamos a convertir en los grandes comerciantes de la política. (Revista Hoy, no 715, 1991, p. 10).

En junio de 1991 los JDC vivieron su Congreso ideológico, visto con preocupación por el gobierno. De hecho, el Director de Comunicaciones, Eugenio Tironi afirmó que había ocurrido algo grave en dicho congreso, ya que “se había impuesto la tendencia moralista y doctrinaria en la JDC”. Según la Revista Hoy, esa preocupación gubernamental “radica, quizá, en que la JDC se ha expresado por primera vez, en forma orgánica, una argumentada crítica de fondo a la política

y a la forma de hacer política del actual gobierno” (Revista Hoy, no 726, 1991, p. 18). Para Yerko Ljubetic resultaba evidente que había una “renuncia de nuestro partido (y de la izquierda) de ofrecer alternativas de futuro, de alternativas de cambio para el país. ...porque la única alternativa que se ofrece a eso es la construcción de partidos que sean buenos administradores del poder, por una parte, y eficaces máquinas electorales por otra” (Revista Hoy, no 732, 1991, p. 46).

En enero de 1992, la Dirección Nacional de la JDC, envió una carta al Gobierno de la Concertación, demostrando con ello que las preocupaciones partidarias y las disputas faccionales respecto de las elecciones municipales, no resultaban ser tema sustantivo para ellos. En dicha carta expresan una crítica a las iniciativas emprendidas por el gobierno, tanto al Programa de Oportunidades para los Jóvenes, la reciente creación de la Instituto Nacional de la Juventud y el Proyecto de creación del Consejo Nacional de la Juventud. Destacan en dicha carta que los “programas destinados a los jóvenes siguen una lógica subsidiaria, les resta agencia y no se conectan con los problemas que experimentan” (Carta directiva nacional de la JDC, enero de 1992, p. 5).

La crítica aquí expresada, era tanto al partido como a la propia Concertación, por la pérdida de mística y atractivo. Desde su experiencia generacional, plantearon que la identidad y el ser concertacionista no ha logrado traspasar a las bases sociales, siendo algo cupular y lejano. Ejemplo de ello habría sido el fallido intento de crear la Concertación Juvenil.

Según los jóvenes DC, la Concertación a la que aportaron a construir, se había convertido en una alianza pragmática, donde el ejecutivo promovía simples bilaterales entre los partidos y el Ministerio Secretaria General de Gobierno, para resolver problemas específicos y no para dar debates más sustantivos, cuestión que se expresaba en la falta de iniciativas legislativas propiamente concertacionistas. Sin embargo, pese a la visión crítica, tanto la mayoría de los DC adultos como los jóvenes, estaban por proyectar la Concertación más allá del primer gobierno, conscientes de que había que avanzar más decididamente en procesos de democratización y de derribar los enclaves autoritarios que nos mantenían en una interminable experiencia de transición. Por ello en un Informe hecho por la Directiva Nacional de la JDC, proponen que se hacía necesario repensar la Concertación para un próximo período presidencial, creando una “orgánica real de la Concertación, interlocutora natural y permanente del gobierno”; abandonar la discusión sobre el candidato y “proyectar una imagen pública” de lo que significa la alianza, lo que implicaba la “creación colectiva de un programa con participación real de la gente” a la par de una “mística concertacionista en torno a los hitos y símbolos que nosotros mismos hemos ido creando. El triunfo del NO el 5 de octubre y la elección del 14 de diciembre” (Archivo Presidencial Patricio Aylwin, 6 de enero de 1992, pp. 4-5).

Para dar cumplimiento a esta propuesta, los jóvenes democratacristianos, enfatizaron en el acto del 35 Aniversario, que era necesario abandonar las prácticas faccionales que tan mal le hacían a la DC, para “transformar la Concertación en un proyecto político de largo aliento” (Discurso del presidente de la JDC, 31 de julio de 1992, p. 2).

En suma, la identidad generacional de la JDC, puso a la Concertación como parte de su experiencia fundacional y la hicieron propia de una manera totalmente distinta a los adultos, donde esta representación siempre generó tensiones entre las distintas facciones. Dicha Juventud asumió los debates doctrinarios como sustantivos, pero no tuvo eco en los personalismos de los adultos. Esa brecha estuvo a la base del declinamiento de recambios generacionales y, por ende, en la renovación de cuadros políticos.

Conclusiones

Entre 1989 y 1994 la Democracia Cristiana vive un intenso proceso de redefiniciones identitarias que reorganizan las dinámicas faccionales y las relaciones intergeneracionales, en medio de las discusiones respecto del horizonte democrático, la conducción del poder ejecutivo y su papel dentro de la Concertación de Partidos por la Democracia.

Esas tensiones postergaron los debates doctrinarios que los jóvenes DC y algunos sectores adultos del Partido, reclamaban con urgencia, ante la preocupación de que su ausencia terminara convirtiendo a la tienda en una especie de máquina electoral, donde primaran el pragmatismo y los personalismos. La recepción de lo que ocurría en el mundo con otros partidos con los que sentían identificación, validaba su alerta de la potencial erosión de una cultura política donde lo doctrinal y lo ético habían estado en sus fundamentos iniciales.

Los debates identitarios y faccionales en estos años dan cuenta de una activa vida partidaria, donde lo generacional cruzó parte significativa de las disputas sobre la historia reciente del PDC, en la que los jóvenes buscaron darle sentido a la Concertación como gran aporte su experiencia y apuesta por la política de unidad en las bases, que mantuviera la alianza suprapartidaria en el tiempo y nutriera los horizontes de la nueva democracia, superando los acuerdos culepares y traspasando a las bases sociales, como una forma crítica a las prácticas de los adultos.

Sin embargo, esos debates fueron postergados o bien invisibilizados en pos de una visión negativa del conflicto intrapartidario, el pragmatismo de liderazgos que apostaron por un concepto de gobernabilidad que privilegiaba el acuerdo y el consenso, haciendo primar lo posible, desnutriendo la utopía como alimento de la identidad DC, e introduciendo las modernizaciones como debate central a partir de 1994. A la larga, ese desplazamiento fue promoviendo prácticas políticas que debilitaron al partido, aunque parecieron invisibles a la luz de los favorables resultados electorales de 1993, pero que reflorecieron posteriormente en distintas rupturas, baja influencia parlamentaria y dispersión militante.

Fuentes

Entrevistas

- Yerko Ljubetic, 2 de mayo de 2016.
- Rodolfo Fortunatti, 5 de julio de 2016.
- Miguel Aylwin, 6 de julio de 2022.
- Gonzalo Duarte, 21 de noviembre de 2022.
- Ignacio Walker, 6 de marzo de 2023.

Fuentes Periódicas

- La Nación
- Revista Análisis.
- Revista Apsi

- Revista Hoy.
- La Época.
- The Clinic.

Bibliografía

- Almeyda, C. (1986). *La democracia cristiana en América Latina*. En Nueva Sociedad (Vol. 82), 139-149.
- Aylwin, P. (2018[1998]). *El reencuentro de los demócratas. De la dictadura a la democracia*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Álvarez, R. (2011). *Arriba los pobres del mundo. Cultura e identidad política del partido comunista de Chile entre democracia y dictadura 1965-1990*. Santiago: LOM.
- Boeninger, E. (1997). *Democracia en Chile: Lecciones de gobernabilidad*. Santiago: Andrés Bello.
- Brunner, J. (1998). *Malestar en la sociedad chilena: ¿De qué, exactamente, estamos hablando?* En Estudios Públicos (Vol. 72), pp. 173-198.
- Canales, M., Ghiardo, F. y Opazo, A. (2015). *Para un concepto de juventud*. En Cottet, P. (ed.), *Juventudes: metáforas del Chile contemporáneo* (pp. 47-67). Santiago: RIL.
- “Carta directiva nacional de la JDC”. Enero de 1992. Archivo Presidencial Patricio Aylwin. p. 5.
- Cavallo, A. y Serrano, M. (2013). *El poder de la paradoja, 14 lecciones*. Santiago: Uqbar Editores.
- “Discurso de aceptación de Frei como nominado a candidato a presidente”. Santiago. 13 de diciembre de 1992. Archivo Presidencial Patricio Aylwin. p. 5.
- “Discurso del presidente de la JDC en Acto 35 Aniversario de la DC”. 31 de julio de 1992. Archivo Presidencial Patricio Aylwin. p. 2.
- Douglas, N. y Gillet, A. (2003). *Democracia cristiana: crisis de un gigante de la política chilena*. Santiago: Periodismo, UDP.
- Farías, V. (2008). *La muerte del camaleón. La democracia cristiana y su descomposición*. Santiago: Editorial Maye.
- Fleet, M. (1985). *Auge y caída de la democracia chilena*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- González, F. J. (1989). *Partido Demócrata Cristiano: la lucha por definirse*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- González, M. L. (1994). *El partido demócrata cristiano chileno: 1964-1992. Análisis de su estructura y organización*. En IIDH (Vol. 20), pp. 63-68.
- Grayson, G. (1968). *El partido Demócrata Cristiano*. Santiago: Francisco de Aguirre.
- Herrera, M., Morales, M. y Rayo, G. (2023). *El desplome electoral de la democracia cristiana chilena, 1989-2021*. En Perfiles Latinoamericanos (Vol. 31, n°62), pp. 1-32.
- Herrera, M., Morales, M. y Rayo, G. (2019). *Las bases sociales del partido demócrata cristiano chileno: auge y caída (1958-2017)*. En ERLACS (Vol. 107), pp. 55-74.
- Huneus, C. (2002a). *¿Dónde se fueron los votantes del PDC?*. En Asuntos Públicos (n°175), pp. 1-6.
- Huneus, C. (2002b). *La vigencia de la DC*. En Asuntos Públicos (n°186).
- Huneus, C. (2003). *Debilitamiento del PDC: sin signos de recuperación*. En Asuntos Públicos (n°354), pp. 1-9.

- Huneus, C. (2016). *La oposición en el autoritarismo. El caso del partido demócrata cristiano durante el régimen del general Pinochet en Chile*. En *Revista Mexicana de Ciencias* (Vol. LXI, n°227), pp. 247-271.
- “La Concertación de Partidos por la Democracia: situación actual y perspectivas de futuro”. 6 de enero de 1992. Archivo Presidencial Patricio Aylwin. pp. 4-5.
- Luján, D., y Pérez, A. (2018). *La Democracia Cristiana en el área chica de la posdictadura. Prácticas políticas y relaciones clientelares en una comuna chilena*. En *Íconos - Revista De Ciencias Sociales*, (n° 60), pp. 143-163. <https://doi.org/10.17141/iconos.60.2018.2815>
- Mainwaring, S. y Scully, T. (2003). *La Democracia Cristiana en América Latina*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Mannheim, K. (1993). *El problema de las generaciones*. En *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* (vol. 61), pp. 193-242.
- *Revista Mensaje*. N° 405. 1991, p. 477.
- Moulián, T. (1986). *La democracia en su fase ascendente: 1957-1964*. En *FLACSO* (Vol. 288).
- Moyano, C. (2010). *El MAPU durante la dictadura. Saberes y prácticas políticas para una microhistoria de la renovación socialista en Chile*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Moyano, C. (2009). *Mapu o la seducción del poder y la juventud. Los años fundacionales del partido – mito de nuestra transición, 1969-1973*. Santiago: Ediciones UAH.
- Muñoz, V. (2020). “Chascones”. *Dictadura, movimiento estudiantil y militancia en el ala izquierda de la juventud demócrata cristiana JDC, 1973-1989*. En *Izquierdas* (n°49), pp. 1855-1894.
- Muñoz, V. (2011). *Generaciones. Juventud universitaria e izquierdas políticas en Chile y México (Universidad de Chile – UNAM 1984-2006)*. Santiago: LOM.
- Muñoz, V. (2016). *Historia de la UDI. Generaciones y cultura política (1973-2013)*. Santiago: Ediciones UAH.
- Muñoz, V. y Durán, C. (2019). *Los jóvenes, la política y los movimientos estudiantiles en el Chile reciente. Ciclos sociopolíticos entre 1967 y 2017*. En *Revista Izquierdas* (n°45), pp. 129-159.
- Muñoz, V. y Moyano, C. (2024). *Guatones y chascones. Facciones y unidades generacionales en la Democracia Cristiana durante la dictadura de Pinochet (1973-1989)*. En *Revista de Historia. Universidad de Concepción* (Vol. 1, n°31), pp. 1-41.
- Navarrete, B. (2005). *Un centro excéntrico. Cambio y continuidad en la democracia cristiana, 1957-2005*. En *Política* (Vol. 2005), pp. 109-146.
- Nocera, R. (2015). *11 de septiembre de 1973: incomprendiones y ambigüedades entre la DC chilena y la italiana*. En *Izquierdas* (Vol. 24), pp. 150-172.
- Olavarría, R. (1966). *Chile bajo la democracia cristiana*. Santiago: Editorial Nascimento.
- Ortega Frei, E. (1992). *Historia de una alianza política. El Partido Socialista de Chile y el Partido Demócrata Cristiano, 1973-1988*. Santiago: Centro de Estudios del Desarrollo.
- Pérez, A. (2020). *Clientelismo político en Chile*. Santiago: Ediciones Alberto Hurtado.
- Puryear, J. (2016). *Pensando la política: intelectuales y democracia en Chile, 1973-1988*. CIEPLAN.
- Rubio, P. y Torres, I. (2015). *Reacciones y respuestas de la democracia cristiana frente al golpe militar de 1973: ¿colaboración u oposición?*. En *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* (Vol. 1, n°19), pp. 41-62.
- Saffiro, E. (2016). *Conversando la DC (informe 1234)*. En *CED Asuntos Públicos*, pp. 1-8.

- Sartori, G. (2005). *Partidos y sistemas políticos*. Madrid: Editorial Alianza.
- Sigmund, P. (2003). *The Transformation of Christian Democratic Ideology: Transcending Left and Right, or Whatever Happened to the Third Wave?*. En Mainwaring, S. y Scully, T. (ed.). *Christian Democracy in Latin America. Electoral Competition and Regime Conflict* (pp. 64-77). Stanford: Stanford University Press.
- Soto, A. (1999). *Auge y crisis de la democracia cristiana*. En Mensaje (Vol. 48, n° 481), pp. 6-9.
- Ulianova, O., Santoni, A. y Nocere, R. (2021). *Un protagonismo recobrado: la democracia cristiana chilena y sus vínculos internacionales (1973-1990)*. Santiago: Ariadna Ediciones.
- Walker, I. (1993). *Partido demócrata cristiano*. En Cuevas, G. (ed.). *La renovación ideológica en Chile. Los partidos y su nueva visión estratégica*. (pp. 59-67). Santiago: Instituto de Ciencia Política, Universidad de Chile.
- Walker, I. (1983). *Algunas reflexiones sobre la democracia cristiana a diez años del golpe militar*. Santiago.